

de romper el supuesto de una distribución homogénea de los recursos entre los miembros que componen la unidad doméstica.

Al introducir una mirada de género se han dado avances importantes en la comprensión de la pobreza. De ello dan cuenta los artículos incluidos en este libro. Sus aportes invitan a incursionar en nuevos temas y a resignificar los ya estudiados, con el objetivo de contribuir en su comprensión y en las propuestas para solucionar la pobreza en la que viven miles de personas.

ANA MARÍA TEPICHIN
Ciudad de México, 2009

DESIGUALDADES DE GÉNERO Y POBREZA FEMENINA

Ana María Tepichin Valle¹

Pese a que la investigación sobre la situación de las mujeres en América Latina empieza en la década de los setenta y a que la mayor parte de los estudios se enfocaron hacia mujeres pobres,² la pobreza como tal comienza a ser estudiada hasta finales de los ochenta.³ Esto se debe sin duda a que las políticas de ajuste económico implantadas en el llamado Consenso de Washington afectaron particularmente a las mujeres, quienes desempeñaron un papel protagónico en la formulación de estrategias para enfrentar la crisis. Fue entonces cuando el abordar como tema de estudio a “mujeres pobres”, asumiendo de entrada su pobreza, empieza a dar un giro hacia el estudio de la “pobreza femenina”, intentando detectar las condiciones en que las desigualdades de género se enlazan con la escasez propia de la pobreza, produciendo y reproduciéndola en general, y para las mujeres en particular.

Los artículos preparados para este libro han abordado problemáticas diversas con el objetivo común de avanzar en el conocimiento de obstáculos adicionales, emanados de las desigualdades de género que enfrentan las mujeres en contextos de pobreza. Desde una perspectiva de género, que propone trascender la idea de hombres y mujeres como dos realidades distintas y desplazar la mirada hacia las relaciones sociales basadas en la diferencia sexual en tanto ámbito de producción y reproducción de la desigualdad de género, en este libro se presentan aportes que permiten una mejor comprensión de la pobreza en general, y de la femenina en particular.

Temas como el de la división sexual del trabajo, la incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo, el protagonismo de las mujeres en las estra-

¹ Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

² Para revisiones bibliográficas sobre temáticas abordadas en estudios de mujer y pobreza, véase Fernández y Riquer, 1986, y Riquer, 2001.

³ Aunque en décadas anteriores no es fácil encontrar estudios que se refieran específicamente a la pobreza como tema de estudio, sí es posible ubicar numerosas investigaciones que se acercan a la temática mediante categorías como desigualdad, distribución del ingreso, redistribución, subdesarrollo, marginalidad, informalidad, etcétera.

regias de sobrevivencia, la migración, la capacidad de agencia y participación política, la violencia, el uso del tiempo, y la medición de la pobreza femenina son preocupaciones que atraviesan los capítulos de esta obra.

El objetivo de este artículo es señalar algunos de los hallazgos y aportes que los textos de este volumen hacen al conocimiento sobre las desigualdades de género en contextos de pobreza, presentándolos en el marco más general de preocupaciones temáticas por las que ha transitado el debate al respecto. Este artículo concluye con un apartado de reflexiones en el que se subraya el conocimiento acumulado frente a algunos vacíos temáticos que ha dejado la investigación de género realizada en contextos de pobreza.

CARACTERÍSTICAS DE LAS UNIDADES DOMÉSTICAS Y SU POBREZA

El reconocimiento de jerarquías y de múltiples arreglos de convivencia en las unidades domésticas ha sido una cuestión central en los estudios de género. A partir de ello se ha identificado la existencia de una enorme diversidad de formas de composición de estas unidades, así como de las maneras en que sus miembros reciben e incorporan a su vida cotidiana los recursos en función de necesidades percibidas, de modelos culturales, de patrones de autoridad, de hábitos y alternativas de consumo. Asimismo, se ha señalado que la integración de residencia, producción y reproducción en las unidades domésticas reviste formas múltiples y cambiantes en las que la diversidad de composiciones y arreglos trasciende lo que tradicionalmente se entiende por familia. Introducir un enfoque de género en el estudio de las unidades domésticas ha permitido romper con la idea que liga a la familia con el modelo neoclásico, según el cual existiría siempre un hombre-proveedor-compañero o esposo-padre y una mujer-ama de casa-compañera y esposa-madre, es decir, el mito de la familia nuclear.⁴

Las alternativas que los miembros de los hogares tienen para enfrentar la pobreza han mostrado estar en estrecha relación con el ciclo doméstico de la unidad⁵ (considerado éste como no secuencial, no unilineal y múltiple en sus

⁴ Ariza y De Oliveira, 1997; Ariza, González de la Rocha y De Oliveira, 1994; Caciue, 2000; Salles, 1991, 1992 y 1994; Jelin, 1984 y 1998; Oliveira, 1998, y Yanagisako, 1979.

⁵ Las nomenclaturas existentes para nombrar los ciclos son diversas. La demografía ha avanzado en definir los momentos del ciclo tomando en cuenta, entre otras características, la edad del primer hijo, la edad del último y la de su madre (quien no necesariamente es la madre de ambos).

combinaciones), con el tamaño del hogar, y con la estructura.⁶ Todos estos factores condicionan el vínculo de la unidad con el mercado de trabajo. Se ha encontrado, por ejemplo, que la participación femenina en el mercado de trabajo es menor en arreglos familiares⁷ en los que no existen otros miembros adultos que realicen el trabajo doméstico.

Al respecto, Orlandina de Oliveira y Minor Mora (véase su artículo en este libro), al analizar las diferentes trayectorias de transición a la adultez a partir de la articulación de ejes de inequidad (estrato social y género), muestran que en contextos de pobreza las mujeres ingresan a trabajar menos que sus pares varones. Los autores, utilizando la información que proporciona la Encuesta Nacional de la Juventud 2000, encuentran que ellas abandonan los estudios a edades más tempranas que los varones (situación que se detecta para todas las mujeres independientemente de la condición socioeconómica), pero aquellas que están en situación de pobreza, a diferentes edades, presentan un riesgo menor de ingresar a trabajar que los varones. Según Oliveira y Mora este hecho se explica por la dinámica con la que funciona la división sexual del trabajo en el interior de los hogares, donde las responsabilidades del trabajo doméstico y de cuidado recaen sobre las jóvenes, especialmente en los casos en que las madres trabajan. Así, las trayectorias de vida de estas mujeres en pobreza están marcadas desde muy temprano por estas brechas educacionales y laborales explicadas por inequidades de género. La persistencia de una rígida división sexual del trabajo dentro de los hogares explica las brechas educacionales y laborales que acumulan las mujeres.

También se ha señalado que un factor que influye fuertemente en el vínculo que establece la unidad doméstica con el mercado de trabajo es la disponibilidad de miembros generadores de ingresos. Al respecto, el artículo de Martha Schteingart, con la colaboración de Guadalupe Aguilar y Laura Ortiz, muestra una estrategia que han desarrollado las familias en pobreza: la de compartir el hogar con otros parientes. No sólo por el ahorro que ello implica en el alquiler, sino también en cuanto a la existencia de un apoyo para la realización del trabajo doméstico y de cuidado. Estas labores se distribuyen de manera tal que no recaigan en una sola persona, para dar así la posibilidad de que más miembros trabajen y contribuyan con el pago de la comida y los servicios. Asimismo, la autora describe cómo en los hogares con hijos menores la pobreza es mayor. Lo anterior abona en la dirección de otros

⁶ La estructura de los hogares hace referencia a la composición por edad y sexo del grupo doméstico.

⁷ Chant, 1991, y González de la Rocha, 1986.

estudios⁸ que han señalado que las condiciones más extremas de pobreza aumentan en la etapa reproductiva del hogar debido a que el número de dependientes es mayor.

Así, la participación de las mujeres en la obtención de ingresos para los hogares está moldeada por factores como la etapa que atraviesa la unidad (especialmente en relación con la existencia de niñas y niños menores), la ausencia o la presencia de un jefe de familia masculino y de otras mujeres que puedan realizar el trabajo doméstico, y del número de adultos disponibles para desarrollar actividades por un pago. Por ello, en el análisis de la pobreza de los hogares, así como en el diseño de intervenciones, es fundamental considerar que existirán diversas posibilidades para que sus miembros generen ingresos, especialmente para las mujeres, en función de las tareas que las ligan con el funcionamiento de la organización doméstica, la crianza de niños y niñas, y el cuidado de ancianos y enfermos.

DISTRIBUCIÓN INTERNA DE RECURSOS Y POBREZA DIFERENCIAL DE SUS MIEMBROS

La unidad doméstica funciona con base en jerarquías por género, edad y parentesco. En su interior se entretienen relaciones sociales de poder y autoridad en las que sus miembros tienen diferentes derechos para el uso y la transformación de los recursos.⁹ Kabeer afirma que las identidades individuales de género, las relaciones familiares y las de parentesco conforman sistemas de organización de derechos, responsabilidades y recursos para diferentes categorías de miembros en grupos sociales diferentes. Las relaciones están regidas por “normas sociales que determinan cómo se han de distribuir los bienes entre

⁸ Véase el de Scheingart (1997a), producto del amplio proyecto de investigación desarrollado en los años noventa cuyos resultados son punto de comparación con el estudio realizado para este libro. También véase el de González de la Rocha (2006) sobre beneficiarios del Programa de Desarrollo Humano Oportunidades, donde la autora encuentra que las etapas de expansión y dispersión son críticas para las personas en situación de pobreza. En etapa de expansión, la situación se agrava cuando existen menores en edad escolar, cursando secundaria y bachillerato; y en la de dispersión, cuando los hijos migran y quedan abuelos y nietos. Estas unidades acumulan desventajas.

⁹ Esta concepción se coloca frente a la de la teoría neoclásica que parte de un supuesto de elección racional donde el comportamiento humano se explica como el intento de maximizar las utilidades individuales frente a la escasez económica. Según ésta, en la búsqueda de maximizar el bienestar conjunto, los recursos domésticos son de todos los miembros de la unidad y se distribuyen según el principio del óptimo de Pareto. En este modelo no importa quién es la persona que gana o lleva un recurso, pues todos se combinarán para ser repartidos de esta manera.

quienes ocupan las diferentes relaciones, cómo asignarán la autoridad, la condición social y el trabajo” (1998: 74). Es decir, se trata de ámbitos donde “se construyen fuertes lazos de solidaridad; se entretienen relaciones de poder y autoridad; se reúnen y distribuyen los recursos para satisfacer las necesidades básicas de los miembros del grupo; se definen responsabilidades y derechos de acuerdo con normas culturales, la edad, el sexo y la posición en la relación de parentesco de sus integrantes” (Salles y Tuirán, 1996: 47). Evidencia empírica de estudios sobre desigualdad en la familia han mostrado que “el género de la persona que posee riqueza o que gana un ingreso parece tener un efecto sistemático sobre los patrones de distribución de los recursos en el seno de la unidad doméstica. La forma real de este efecto varía en contextos diferentes” (Kabeer, 1998: 117).¹⁰

La unidad doméstica, por tanto, debe concebirse como una organización con carácter colectivo limitado en la que no se subsumen las individualidades y en la cual no se puede partir de un supuesto de equitativo control de los recursos y poder de decisión entre sus miembros en asuntos que conciernen a la sobrevivencia de la unidad. Tampoco permite suponer niveles de bienestar homogéneos entre los miembros de la unidad. Al contrario, se advierte la existencia de diversos niveles de bienestar dentro de la unidad doméstica que emergen de las diversas posibilidades reales de sus miembros (según su posición por generación, género y parentesco). Por tanto, se afirma que la desigualdad dentro de la familia es de *uso* de recursos y de *transformación* de los recursos usados en capacidad para funcionar (Sen, 1998: 140). Autores como González de la Rocha han planteado la coexistencia de diversos niveles de pobreza en el interior de una sola unidad doméstica (2000b: 324). Así, la pobreza dentro de las unidades domésticas está moldeada por la desigualdad en la distribución de los recursos; tal desigualdad, a su vez, está determinada por el sexo, la edad y el parentesco, que son los ejes que la conforman.

En este sentido, el artículo de Araceli Damián, muestra una ceguera de género en los métodos de medición de la pobreza. La autora señala como una de las principales limitaciones de las medidas convencionales de pobreza el que para su cálculo se utilice como unidad de análisis al hogar y no al individuo, ya que con ello se provoca una subestimación de la pobreza al no tomar en cuenta precisamente las desigualdades en la asignación de recursos y de actividades en el interior del hogar. Por su parte, Marta Scheingart retoma la crítica a los modelos de medición de la pobreza, como el

¹⁰ En el texto, Kabeer detalla un largo listado de ejemplos emanados de investigación empírica donde se muestra la relación que tiene el género con la distribución de recursos en el interior de los hogares.

de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) o la Línea de Pobreza, que pudieran resultar insuficientes porque se limitan a considerar las condiciones materiales de vida y las necesidades básicas sin tener una perspectiva más amplia del bienestar. La metodología de medición convencional de la pobreza asume implícitamente que los miembros del hogar comparten los mismos intereses y que las decisiones son tomadas por el jefe de hogar bajo un principio altruista y benevolente. La subestimación de las carencias, afirma Damián, es un problema de fundamental importancia para conocer el grado en que hombres y mujeres gozan de los derechos socioeconómicos en nuestro país.

En consecuencia, para comprender la pobreza femenina resulta fundamental señalar y documentar la existencia de esta *pobreza diferencial* entre los miembros de una misma unidad, la cual se origina por la desigualdad en la distribución intradoméstica de los recursos en los hogares y ha permitido identificar un tipo de pobreza secundaria, especialmente entre mujeres y ancianos.

CONSTANTE TENSIÓN: TIEMPO PRODUCTIVO Y REPRODUCTIVO

Otro debate fundamental se relaciona con el concepto de división sexual del trabajo, el cual ha servido como "bisagra" para evidenciar que las desigualdades existentes al interior de los hogares tienen derivaciones en el mercado laboral, y viceversa. La redefinición del concepto *trabajo*, que incluye a las actividades extradomésticas dirigidas a obtener ingresos, así como las labores orientadas a la reproducción (trabajo doméstico, crianza, cuidado de menores, adultos mayores y enfermos, producción para autoconsumo y tareas comunitarias), ha repercutido fuertemente en la discusión sobre el género y la pobreza femenina.

Visibilizar la parte del trabajo no orientada al mercado y sostener que son principalmente las mujeres quienes la desempeñan, a partir de una "naturalizada" división sexual del trabajo en los hogares, ha sido piedra de toque para avanzar en la comprensión y conceptualización del género como condicionante de la pobreza, sobre todo porque ha permitido articular los ámbitos de la familia/grupos o unidades domésticas y el trabajo.¹¹

Existen abundantes investigaciones acerca de los efectos que tienen los estereotipos de género que suponen una división sexual del trabajo no mercantil

¹¹ Véase De Oliveira *et al.*, 1999, y Ariza y De Oliveira, 1999.

(en la cual se asume que hay siempre una mujer disponible para las tareas del cuidado) sobre las condiciones de vida de las mujeres, estén en situación de pobreza o no.

Uno de estos efectos es el de la doble jornada. Por medio de esta categoría se ha puesto de manifiesto la constante tensión entre el tiempo que las mujeres dedican al trabajo doméstico y el que dedican al trabajo extradoméstico, sea cual sea la forma que éste tome (empleo formal, informal o de esporádicas actividades para allegarse un ingreso).

Para las mujeres que ingresan al mercado laboral la carga de trabajo doméstico no disminuye, y el tiempo que le dedican sólo se transfiere a otras mujeres, o aumenta su jornada laboral.¹² Salir de la unidad doméstica en busca de un ingreso no exenta a las mujeres de la atribución de trabajo doméstico. Señalar la sobrecarga de trabajo en dobles y triples jornadas, conjuntada con una presión social normativa que sanciona el trabajo fuera de casa para las mujeres, ha sido sin duda un aporte para la comprensión de la pobreza femenina. La constante tensión entre tiempo productivo y reproductivo es otra de las variables que estructuran el limitado abanico de opciones que las mujeres en pobreza tienen ante sí para realizar alguna actividad que les genere un ingreso, para así aliviar la situación de escasez: la propia y la del grupo familiar. Las mujeres se insertan en actividades marginales, precarias, y lo hacen como *medida emergente* en periodos de profundización de la pobreza, retirándose en cuanto pasa la crisis. Estas actividades toman la forma entonces de *estrategias de sobrevivencia*, las cuales son una manifestación de las formas, intensidad y frecuencia que toma el trabajo femenino extradoméstico en mujeres en pobreza. La característica común de todas esas actividades es la flexibilidad con la que pueden ser desempeñadas y que permite a las mujeres adecuar las necesidades de su trabajo, ya sea doméstico, de crianza, reproducción o comunitario.

Aun cuando estas estrategias de sobrevivencia han aliviado la situación de pobreza de los hogares, no significan necesariamente una mejoría en las condiciones de vida de las mujeres dentro de ellos, sobre todo por la carga de trabajo productivo/reproductivo que resulta de dobles y triples jornadas.

El artículo escrito por Martha Schteingart, con la colaboración de Guadalupe Aguilar y Laura Ortiz, muestra cómo se manifiesta esta tensión entre trabajo productivo/reproductivo en mujeres que habitan en asentamientos irregulares de la ciudad de México. La autora indaga acerca de cómo las mujeres

¹² Sobre el trabajo femenino desde la óptica de inequidades de género véase Bruschini, 1994; De Barbieri, 1984; García, Blanco y Pacheco, 1999; Jelín, 1978; Knecher y Panaia, 1994; De Oliveira, 1997; De Oliveira, Ariza y Eternod, 1996; De Oliveira y Ariza, 1997; Sánchez Gómez, 1989; Sarti, 1985, y Wainermann y Recchini de Lattes, 1981.

viven y perciben su situación de pobreza a partir del análisis de sus relaciones familiares, su inserción en el mercado de trabajo y el vínculo que establecen con la colonia y las organizaciones comunitarias. El artículo presenta cómo en contextos de pobreza las mujeres enfrentan el reto de que la aportación económica producto de su trabajo se haya vuelto muy importante para el sostén del hogar, pero su responsabilidad en las labores de reproducción no haya cambiado. Así, la carga de trabajo ha aumentado de una manera que Schteingart llama "drástica". Paralelamente, el sentimiento de culpabilidad de las mujeres aumenta al no cumplir cabalmente con esta tarea que les ha sido "asignada". La autora señala que las estrategias y las formas de ayuda mutua para la producción y el mejoramiento del hábitat popular constituyen una tercera jornada de trabajo, que se agrega a la doble jornada que incluye los quehaceres domésticos y la generación de ingresos fuera del hogar.

En relación con la sobrecarga de trabajo derivada de una división sexual del trabajo, en su artículo Edith Pacheco documenta mayores jornadas para las jornaleras mexicanas. Analizando las diferencias por género en el contexto laboral agropecuario, encuentra que considerando en su totalidad el trabajo de jornaleras y jornaleros (doméstico y extradoméstico) ellas laboran en promedio cinco horas más que ellos. Con base en el cálculo correspondiente de remuneraciones, la autora encuentra que la recibida por las mujeres siempre está por debajo de la masculina.

Como puede advertirse, esta asignación naturalizada a las tareas domésticas y de cuidado se refuerza con las prácticas en el mercado laboral, las cuales reproducen estereotipos de género que se arraigan en las familias y en las comunidades. Las alternativas que tienen las mujeres pobres para allegarse ingresos, ya sea monetarios o en especie, están moldeadas por esta bisagra fundamental "trabajo productivo/reproductivo" y acompañadas por la sanción social que conlleva "descuidar" el trabajo doméstico que les corresponde, derivado de "ser mujeres".

SEGREGACIÓN Y CONCENTRACIÓN LABORAL

Gracias a los estudios sobre empleo y oferta laboral hay registros de las ramas y condiciones en las que se ubican las mujeres, así como de las desigualdades que enfrentan en los mercados de trabajo.¹³ Estudios desarrollados en torno a la precarización, discriminación salarial, segregación ocupacional y concentra-

¹³ Además de la bibliografía señalada anteriormente sobre trabajo femenino, véase Guadarrama, 1998, 2008; Guadarrama y Torres, 2007; Jacobs, 1989; Jelín y Feijoo, 1983; Rendón, 2004; Standing, 1999, y Stichter y Parnpart, 1990.

ción evidencian que la asignación femenina exclusiva y permanente a las tareas ligadas a la crianza y la reproducción —que empieza como una manera de organizar el trabajo— llega a adquirir una importancia normativa, de modo que la atribución rutinaria de mujeres y hombres a tareas específicas acaba ligándose estrechamente con el significado de ser hombre o mujer en contextos específicos. Las conexiones trazadas entre la segmentación del mercado de trabajo y la segregación por sexo mostraron la liga que existe con procesos de socialización fuera del lugar de trabajo.

En el contexto de las opciones que tienen las mujeres en pobreza para desarrollar una actividad que les permita allegarse un ingreso, se observa la existencia de un mercado segregado que diferencia las actividades femeninas de las masculinas, las valora también diferencialmente y condiciona la inserción femenina en actividades marginales compatibles con sus papeles de reproductores/domésticos.

Las mujeres van construyendo habilidades y aptitudes durante toda su vida sobre la base de una atribución rutinaria de las tareas domésticas, la crianza y la reproducción. Desde pequeñas se les escatima su capacidad productiva ligándolas estrechamente a ese tipo de labores, por demás devaluadas y no remuneradas. En la búsqueda de alternativas generadoras de ingresos, las mujeres en pobreza extienden hacia otros hogares las actividades domésticas que realizan en el propio: limpieza de inmuebles, lavado y planchado de ropa, venta de alimentos, cuidado de niños y enfermos. Schteingart señala, en este libro, que el tipo de trabajos que realizan las mujeres en pobreza está vinculado tanto con el bajo nivel de estudios como con la necesidad de tener una mayor flexibilidad en los horarios y la cercanía a sus hogares para poder cumplir al mismo tiempo con su actividad fuera del hogar y la atención a su familia. La autora afirma que es necesario agregar a estos factores que el trabajo remunerado muchas veces se vuelve una extensión del trabajo doméstico.

En este sentido resultan muy interesantes los hallazgos obtenidos por Edith Pacheco en la investigación a partir de la cual se realiza el artículo contenido en esta obra. La autora muestra que una parte del trabajo no agropecuario está absolutamente vinculado con el trabajo doméstico y comercio minorista, y señala que es en éste donde se concentra la participación de las mujeres en el agro mexicano. Este aspecto, afirma Pacheco, explica las condiciones de precariedad de estas mujeres, pues indaga sobre los procesos de producción en que se insertan estas mujeres y encuentra que el trabajo de éstas es verdaderamente marginal. Señala que desde la perspectiva laboral sólo es un espacio de refugio, y desde la perspectiva de la dinámica del campo, plantea que participar en el trabajo agrícola es parte de la vida rural que hace visible el papel sustantivo de las mujeres en este ámbito.

De esta forma, la asignación naturalizada de las tareas domésticas para las mujeres (expresión de asimetría de género dentro de los hogares) deriva en que las *actividades extensoras del trabajo doméstico sin paga* que se realiza en los hogares sean vistas por las mujeres en pobreza como opciones privilegiadas para captar exiguos ingresos.

USO DEL TIEMPO Y POBREZA

La constante tensión entre tiempo productivo y reproductivo de las mujeres ha obligado a redimensionar el tiempo como una de las fuentes de bienestar en que ellas sufren carencias fundamentales. La carencia de tiempo (para el trabajo doméstico, extradoméstico, la educación, el cuidado personal, el descanso y el tiempo libre) afecta de manera negativa la calidad de vida de los miembros del hogar, pero particularmente la de las mujeres (véase el artículo de Araceli Damián).

En este sentido, ha habido un gran esfuerzo internacional para documentar el uso de tiempo diferencial entre hombres y mujeres. Las encuestas de uso de tiempo¹⁴ —que siguen la línea trazada hace unos 30 años para medir las horas que dedican hombres y mujeres al trabajo doméstico— han ido perfeccionándose y son una herramienta muy valiosa para identificar la dedicación diferencial de los miembros de las unidades domésticas al trabajo, remunerado y doméstico. Se habla de pobreza de tiempo, y la información recabada por las encuestas ha servido incluso para construir indicadores de riesgo de empobrecimiento.¹⁵ Para 2007, 12 países de América Latina¹⁶ habían realizado algún

¹⁴ En la V Reunión Internacional sobre Expertas y Expertos en Encuestas sobre Uso del Tiempo, llevada a cabo en la ciudad de México el 22 y el 23 de noviembre de 2007, Vivian Milosavljevic, de la Unidad Mujer y Desarrollo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), indicó que los 12 países que han incluido o están en proceso de incorporar módulos de uso de tiempo a sus encuestas de hogares son Nicaragua (1998), Bolivia (2001), Brasil (2001), México (1996 y 2002), Ecuador (2003-2004), Costa Rica (2004), Argentina (2005), Colombia (2006), El Salvador (2005), Guatemala (2000 y 2006), Panamá (2006), Uruguay (2007), y Honduras (2008-2010). Los países en que se han aplicado o están en vías de aplicarse encuestas específicas sobre uso de tiempo son Cuba (2001), Uruguay (2003), Ecuador (2005) y Chile (2008).

¹⁵ Riesgo de empobrecimiento se entiende como una amenaza latente al nivel de bienestar de los hogares. Para una discusión sobre los avances conceptuales, así como de discrepancias teóricas sobre los términos de vulnerabilidad y riesgo de empobrecimiento, véase Mora y Pérez, 2006.

¹⁶ Los resultados en México permitieron conocer las diferencias de género en los aportes al hogar y en el uso del tiempo según las características sociodemográficas y los tipos de actividad. La encuesta de Nicaragua, aplicada en 1998, registraba las actividades ejecutadas en un día

tipo de acercamiento a la medición del uso del tiempo incorporando módulos a sus encuestas de hogares. Cuba, Uruguay, Ecuador y Chile aplicaron, o estaban en vías de hacerlo, en 2008, encuestas específicas sobre uso de tiempo. En México se ha aplicado tres veces un módulo a la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los hogares.¹⁷

Algunos de los resultados arrojados por las encuestas de uso de tiempo son las siguientes:

- a) Las mujeres dedican más tiempo al trabajo no remunerado que los hombres. Todas las encuestas muestran la distribución desigual del trabajo no remunerado entre varones y mujeres dentro de los hogares, considerando la dedicación a esas tareas ya sea en horas diarias, semanales o anuales. Los hogares mexicanos ocupan 1 668 millones de horas a la semana en el trabajo doméstico, al cual las mujeres contribuyen con 85% del tiempo y los hombres con 15%. Este trabajo, aunque es indispensable para la reproducción de la vida cotidiana, no es remunerado y su valor no es reconocido por la sociedad.
- b) En los hogares con niveles socioeconómicos bajos existe una mayor variabilidad de arreglos familiares respecto a la distribución del trabajo doméstico.
- c) La categoría “responsable del hogar” recae más frecuentemente sobre las mujeres.

contabilizando por minutos la actividad destinada al empleo/trabajo, al estudio, a las labores de mantenimiento del hogar, a las actividades personales y comunitarias, y a otras actividades. La Encuesta sobre Uso de Tiempo (EUT) de Cuba se realizó en 2002, y la recolección de datos se efectuó mediante cuestionarios autoadministrados, en los cuales los integrantes del grupo familiar debían registrar todas las actividades realizadas durante las 24 horas de dos días asignados de la semana, en intervalos de 10 minutos. Bolivia (2001), Ecuador (2005 y 2007) y Guatemala (2000 y 2006) han elaborado algunos estudios en la misma línea, aunque con características más limitadas. Cuba (2001, con antecedentes de estudios en 1985 y 1997), República Dominicana (1995), México (1996, 1998, 2002), Nicaragua (1998) y Guatemala (2000). En 2005 la encuesta se realizó en cinco países: Argentina, Ecuador, El Salvador, Panamá y Brasil. Para 2007 Chile y Uruguay también levantaron su encuesta junto con Ecuador, que repitió. Por último, en 2008 se levantó en Colombia y en Venezuela, aunque esta última se hizo de forma independiente y no a cargo de las instancias oficiales (Vivian Milosavljevic, 2009).

¹⁷ En México, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) y el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) han realizado, conjuntamente, la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo. La primera en 1996, la segunda en 1998 y la tercera en 2002, con la finalidad de obtener datos estadísticos sobre las horas y labores que dedica cada uno de los miembros de la familia dentro y fuera del hogar, y estimar las horas que hombres y mujeres dedican al trabajo no remunerado.

- d) Las mujeres jóvenes de los niveles socioeconómicos más bajos dedican mayor cantidad de horas al trabajo no remunerado. Los hallazgos de De Oliveira y Mora en este libro muestran que el retiro de las mujeres del sistema escolar está acompañado de mayores responsabilidades en la realización de los quehaceres domésticos y el cuidado de los hermanos y adultos mayores en el interior de sus familias.
- e) La participación de los hombres que viven en pareja en el trabajo no remunerado doméstico es baja. Estos datos sugieren que la sobrecarga de trabajo no remunerado no depende sólo de la presencia de hijos o hijas, sino de una fuerte incidencia de la división sexual del trabajo en el hogar independientemente de la presencia de hijos. Los hombres, cuando su pareja tiene trabajo remunerado, aumentan muy poco el que realizan en el hogar. Registran un cierto aumento cuando pasan a ser padres, pero no experimentan ningún cambio con el aumento del número de hijos o hijas.
- f) Existe un importante desbalance en el reparto del trabajo no remunerado doméstico en los hogares biparentales. En estos hogares la mayor contribución de los cónyuges varones es la vinculada con las reparaciones del hogar y la realización de gestiones, y la menor se refiere a confeccionar y arreglar la ropa, lavar y planchar, y organizar y distribuir las tareas de la casa. El cuidado de niños y niñas es una de las tareas para las cuales las mujeres consiguen menos colaboración; tales son: darles de comer, bañarlos, llevarlos al colegio y ayudarlos en los deberes. En cambio, hay mayor participación en cuanto a jugar con ellos en la casa, llevarlos a pasear y socializarlos. La proporción del cuidado de los adultos mayores que realiza la responsable del hogar, en los hogares biparentales, es aún mayor que en el caso de los hogares en los que se cuida a niños, sobre todo en lo que se refiere al aseo, comida, cuidados paramédicos, pasearlos y hacerles compañía.
- g) El grupo de mujeres más pobres y las más jóvenes con hijos es en el que se da una mayor acumulación de trabajos y en el que se dedica más tiempo al trabajo no remunerado.
- h) Las actividades de cuidado se posicionan entre las que más tiempo consumen a mujeres y hombres; sin embargo, el tiempo de dedicación es mayor entre las mujeres y también lo es su participación.
- i) La condición de las mujeres de trabajadoras remuneradas no las libera de destinar tiempos considerables a las labores domésticas. Cualquiera que sea la duración de la jornada laboral, ellas dedican mucho más tiempo que los varones a estas actividades.

- j) El tiempo destinado por las mujeres a las actividades domésticas aumenta cuando existen niños en edad preescolar en el hogar, mientras que el de los varones tiende a permanecer invariable. Esta tendencia se presenta en todos los países.
- k) En todos los países se verifica que la presencia de un miembro del hogar dedicado a los quehaceres domésticos, reduce el tiempo de dedicación y participación en estas actividades del resto de las mujeres que viven en el hogar. Situación que no se percibe entre los varones.

Así es como la escasez de tiempo es uno de los factores explicativos de los procesos de empobrecimiento de las mujeres.

A lo largo de los presentes artículos se encuentran ejemplos variados de cómo el tiempo es un recurso escaso de las mujeres en pobreza y de cómo ello repercute en sus condiciones de vida. Al respecto, Damián sostiene que se requiere desarrollo institucional para solucionar las demandas de trabajo doméstico. La ausencia de éste, señala la autora, y el mantenimiento de patrones tradicionales en los que se atribuye a las mujeres la responsabilidad de realizar dichas tareas, las enfrenta a situaciones críticas de disponibilidad de tiempo para el descanso y el cuidado personal. Asimismo, abunda Damián, puede provocar que los menores de edad padezcan abandono o estén en recintos inadecuados para su cuidado por la escasez de servicios públicos de cuidado para los menores.

EMPODERAMIENTO Y AUTONOMÍA DE LAS MUJERES EN POBREZA

La apertura de la unidad doméstica como escenario de negociaciones entre sus miembros (con edad, sexo y parentesco), así como el avance en el reconocimiento de vínculos entre la esfera doméstica y el mercado laboral, ha llevado a colocar como una cuestión central la alteración en la distribución de poder para que las mujeres tengan un mayor control de sus recursos. Así, han cobrado gran importancia la investigación y el estudio sobre el empoderamiento y la autonomía femenina. De hecho, el enfoque del empoderamiento ha venido desempeñando un papel central en las estrategias de combate a la pobreza.¹⁸ Esta línea de estudio plantea que para conseguir una mejoría de las condicio-

¹⁸ Respecto al empoderamiento como estrategia para abatir la pobreza y las diversas propuestas para medirla, y sobre la condición de las mujeres, véase Uphoff, 2003, y World Bank, 2002.

nes de vida de las mujeres es fundamental promover un proceso de autonomía y empoderamiento. Las estrategias para consolidar el empoderamiento de las mujeres se dirigen, pues, a darles las condiciones mediante las cuales transformen las relaciones de poder en las que su posición es desventajosa. Ello resulta especialmente relevante en contextos de pobreza, ya que a la necesidad imperiosa que enfrentan las mujeres para trabajar por un ingreso se añade que se da habitualmente en situaciones de conflicto, como señala Schteingart en su artículo.

Sin embargo, el uso de los términos de empoderamiento y autonomía se ha caracterizado por su ambigüedad. En aras de esclarecer el concepto, diferentes autores (Kabeer, 1999; León, 1997 y 2001; Sen, 1998) plantean que ante todo el empoderamiento hace referencia al poder. Se trata de un movimiento que faculta al sujeto para ser agente activo del cambio: poder para cambiar las relaciones de poder a favor de aquellos que con anterioridad tenían escasa autoridad sobre sus propias vidas (1998: 122). Batliwala (1993) afirma que el empoderamiento incluye el control sobre los recursos (físicos, humanos, intelectuales, financieros y de su propio ser) y el control sobre la ideología (creencias, valores y actitudes). Es decir, es el proceso para ganar poder, tanto para controlar los recursos externos como para elevar la autoestima y la capacidad interna. Se trata de un control extrínseco sobre los recursos, pero también de la capacidad intrínseca para hacerlo.¹⁹ Este autor sostiene que el verdadero empoderamiento incluye típicamente ambos elementos y, en raras ocasiones, se sostiene sin alguno de ellos. "Un cambio en el acceso a recursos externos sin un cambio en la conciencia puede dejar a las personas sin la flexibilidad, motivación y atención para retener y/o basarse sobre ese control, dejando un espacio abierto para que otros lo obtengan" (Sen, 1998: 123). Por su parte, Rowlands hace una distinción de dimensiones del empoderamiento, ampliamente utilizada en los estudios sobre este concepto, presentándolas no como excluyentes, sino complementarias: personal, colectiva y de las relaciones cercanas. Señala, además, que es importante abordar los dos ámbitos: el del acceso a los recursos y el de creación de espacios para que las personas construyan autoestima y confianza.

En relación con lo anterior resultan interesantes los hallazgos de María Eugenia Negrete plasmados en el artículo realizado para este libro. La autora explora el fenómeno de la migración internacional México-Estados Unidos como ineludiblemente vinculado con la búsqueda de mejores oportunidades de desarrollo, de empleo e ingreso. Negrete encuentra que en la experiencia

¹⁹ Sobre empoderamiento de las mujeres, además de los citados en este texto, véase Batliwala, 1994.

migratoria analizada se da una renegociación de relaciones de género entre los miembros de las familias de los migrantes. Identidades de hombres y mujeres, en su mayoría de origen rural, se ponen en cuestión al insertarse en el nuevo medio de la cultura estadounidense. Lo anterior combinado con una mayor autonomía de las mujeres al trabajar fuera del hogar y aportar a la economía familiar son factores que influyen en ello. En el caso trabajado por Negrete, un contexto cultural más flexible en cuanto a la división sexual del trabajo, así como el hecho de que la mujer aporte a la economía familiar, han mostrado ser condiciones propicias para detonar procesos de autonomía y empoderamiento de las mujeres, además de una mayor democratización de las tareas de cuidado y reproducción entre los miembros de los hogares.

Dos artículos más de este libro abonan hacia el debate del empoderamiento y agencia de las mujeres. Por una parte, el estudio de Soledad González Montes y Mariana Mojarro Íñiguez analiza las posibilidades de agencia de las mujeres con diversos niveles de carencia, situadas ante la expresión más extrema de subordinación de género y la forma más frecuente de violencia contra las mujeres: la violencia conyugal. Las autoras encuentran una relación estadísticamente significativa entre el nivel socioeconómico al que pertenecen las mujeres y el riesgo de sufrir violencia conyugal. Por otra parte, el texto de Dalia Barrera aborda el tema de las mujeres en los ámbitos de poder y en la toma de decisiones: las mujeres en el cabildo.

La exploración que hacen González Montes y Mojarro Íñiguez avanza precisamente en el conocimiento de las condiciones que favorecen que las mujeres indígenas —población que en el país concentra las peores condiciones de vida— denuncien el maltrato y en el conocimiento de los obstáculos para recurrir a las autoridades. Pese a las condiciones tan adversas como las que viven las mujeres indígenas, las autoras encuentran que un número importante de ellas no acepta ser víctima pasiva y denuncia la violencia sufrida, por lo que recurren a las autoridades y a buscar apoyo. Esta cifra es el doble de lo encontrado para la población nacional. La explicación que dan las autoras es que las comunidades indígenas tienen una larga trayectoria histórica ventilando los conflictos interpersonales ante autoridades locales.

En el otro extremo se ubica el artículo de Dalia Barrera. La autora aborda la participación de las mujeres en un espacio de poder que en las últimas décadas se ha abierto paulatinamente a la participación femenina de manera notable: el de los cabildos. Barrera ofrece una interesante descripción del caso de las regidoras guanajuatenses, que han realizado una destacada labor de gestión de peticiones y demandas para dar solución a problemáticas de mujeres en pobreza. Empleando sus redes y posibilidades en la toma de decisiones dentro de las administraciones municipales, la autora muestra cómo estas mujeres

provenientes de diversos ámbitos (profesionistas, participantes de organizaciones de la sociedad civil, iniciativa privada) se proponen transformar la realidad de mujeres en pobreza. Asimismo, la autora afirma que al analizar las cifras sobre el acceso de las mujeres a los espacios en que se toman decisiones y a los cargos de representación popular en México, se da la siguiente paradoja: aun cuando el espacio local es el referente inmediato en la vida cotidiana de las mujeres, principalmente en su lucha por conseguir mejores condiciones de vida para sus familias, parece estar muy alejado de ellas como una alternativa para incidir en la toma de decisiones, así como en asuntos que les afectan directa y cotidianamente en su desempeño como madres-esposas, ciudadanas y trabajadoras.

IMPLICACIONES METODOLÓGICAS

Los resultados de estudios en torno al funcionamiento de las unidades domésticas han repercutido en el debate sobre la pobreza. La apertura conceptual de la unidad doméstica, y el consiguiente develamiento de una enorme heterogeneidad de características de los hogares y condiciones en su interior, ha planteado un severo cuestionamiento a la pertinencia de utilizar el hogar como unidad única de análisis y ha evidenciado la necesidad de incorporar al individuo en una unidad doméstica problematizada. Los avances conseguidos al incorporar las desigualdades de género ya no permiten pensar ingenuamente en el hogar como un colectivo solidario (sin negar el valor de la información obtenida utilizando el hogar como unidad de análisis), de modo que la búsqueda debe dirigirse a enriquecer el conocimiento mediante otro tipo de información.

Por una parte, cada vez son más reconocidas las técnicas de recolección de información cualitativa como herramientas indispensables para acercarse a lo que sucede dentro de los hogares en relación con la pobreza. Por otra, ha sido posible influir en la ya añeja discusión de la medición de la pobreza insistiendo en que se incorporen otras dimensiones como el género. Asimismo, se ha hecho énfasis en la necesidad de generar indicadores que den cuenta de la dimensión de género en la pobreza para ser integrados en una medición multidimensional. En este sentido, considero importante no perder de vista que, como toda medición, la de la pobreza tiene bondades y limitaciones. Explorar una problemática mediante la medición implica seleccionar de la realidad aquellos aspectos transformables en una medida numérica. Tal ejercicio de selección excluye muchos aspectos que habrá que abordar de otras maneras. Así, la presión que actualmente existe para que la medición de la pobreza introduzca una perspectiva de género tendría que acotar sus expectativas acer-

ca de qué es factible incorporar y seguir utilizando otros métodos tan enriquecedores de corte cuantitativo y cualitativo que permitan aproximarse de modo más eficaz a los hogares en pobreza. Una manera de incorporar al individuo en una unidad doméstica problematizada sería a partir de información que permita acercarse con una mirada de género a la distribución de recursos dentro de las unidades. Ejemplos de esa perspectiva serían determinar el ciclo doméstico de las unidades; las edades, el sexo y el parentesco de los miembros que componen la unidad; el sexo del principal receptor de ingreso; el sexo del propietario de los activos y ahorros de la unidad. Los resultados en el artículo de Damián muestran la importancia de acercarse a la pobreza con métodos multidimensionales que incorporen indicadores sensibles al género, como es el caso del tiempo libre. Considero que los estudiosos del tema aún tienen pendiente definir la información necesaria para construir un conocimiento acerca de la pobreza diferencial de los miembros de las unidades domésticas. El avance en este sentido será sin duda un insumo fundamental para que los organismos oficiales adecuen sus perspectivas analíticas, así como sus instrumentos de recolección y registro de información.

En este marco conviene rescatar la propuesta de Rubalcava y Murillo. Las autoras enfatizan la importancia de avanzar en la construcción de modelos estadísticos satisfactorios que consideren la especificidad territorial y permitan acortar la distancia entre los resultados de estudios etnográficos —que acumulan evidencia acerca de la pobreza femenina— y los generados por un gran número de investigaciones que analizan bases de datos agregadas. La sugerencia de las autoras es “profundizar en la investigación empírica con vasta cobertura estadística que permita hacer observables las diferencias implícitas en las desventajas en perjuicio de las mujeres, que ya han sido ampliamente documentadas mediante estudios etnográficos” (Rubalcava y Murillo, 2006: 2).

Asimismo, conviene retomar las aportaciones de Damián para este libro en cuanto a la pertinencia de aplicar medidas multidimensionales de la pobreza para tener un panorama más preciso de las carencias de hombres y mujeres, ya que las medidas de pobreza basadas sólo en el ingreso (o en las necesidades básicas) omiten variables que afectan su calidad de vida y por tanto son insuficientes para evaluar el avance en materia de derechos humanos. En su artículo la autora analiza si se cumplen las condiciones para que tanto hombres como mujeres puedan ejercer sus derechos socioeconómicos y analiza en qué grado existe una diferenciación por sexo.

Otro aporte central ha sido el del artículo de De Oliveira y Mora respecto a que la conceptualización de la participación en los trabajos reproductivos (tareas domésticas y de cuidado) como un evento-transición a la adultez es fundamental para superar el sesgo de género del modelo sociodemográfico de

transición. Muestra de ello es que la inclusión de este elemento en el análisis les permitió diferenciar claramente trayectorias distintas hacia la vida adulta entre hombres y mujeres.

IMPLICACIONES EN DISEÑO DE INTERVENCIONES

Los avances obtenidos en el análisis de desigualdades de género en contextos de pobreza que se lograron en los artículos de este libro permiten hacer algunas recomendaciones para el diseño de acciones, programas e intervenciones dirigidas a mujeres, para combatir su pobreza.

Así, en la planeación de intervenciones es fundamental incorporar las consideraciones anotadas a lo largo de los artículos respecto a que la participación de las mujeres en la obtención de ingresos para los hogares está moldeada por factores como la etapa que atraviesa la unidad (especialmente en relación con la existencia de niñas y niños menores), la ausencia o la presencia de un jefe de familia masculino y de otras mujeres que puedan realizar el trabajo doméstico, así como el número de adultos disponibles para desarrollar actividades remuneradas.

Es de suma importancia que los programas sociales incorporen la dimensión socioespacial de las zonas donde intervienen, ya que, como se muestra a lo largo de esta obra, ellos influyen en los patrones de género imperantes. Además, conviene mencionar la cuestión de la vivienda, pues como señala Negrete, el tema se ha abordado de manera insuficiente y las necesidades específicas de las mujeres permanecen ausentes en las políticas y en las prácticas cotidianas sobre el tema. De acuerdo con la autora, las mujeres resultan particularmente afectadas por las condiciones de la vivienda en dos sentidos: porque es ahí donde básicamente se desarrollan sus actividades ligadas a la crianza y reproducción, y también porque del entorno en el que esté ubicada la vivienda depende la accesibilidad a los servicios públicos básicos como guarderías, escuelas y hospitales, a los sitios de trabajo, al transporte, y a los espacios públicos como parques y lugares de entretenimiento.

Las múltiples estructuras de las unidades domésticas, así como la división del trabajo en su interior, plantean problemáticas complejas en el diseño de programas sociales; existe un amplio espectro y diversidad de formas de pobreza a las que se enfrentan las mujeres, tal como se advierte a lo largo del libro.

Uno de los mayores retos es lidiar con la paradoja implícita de que los hogares donde habitan menores de edad, ancianos y enfermos son los que más necesidades económicas tienen y donde las mujeres están más atadas a las labores de crianza y reproducción. De la misma manera, es preciso resolver

la complejidad práctica (que ha mostrado serlo analíticamente) de determinar el ciclo vital de las unidades cuando no todos los hogares son fácilmente clasificables. ¿Cómo diseñar acciones generales para hogares tan complejos y diversos en ciclos vitales no secuenciales?

Aun cuando no fuera posible afirmar en todos los casos que son los hogares jefaturados por mujeres los más pobres, especialmente utilizando el ingreso per cápita como criterio de pobreza,²⁰ es importante dirigir la discusión y el diseño de acciones hacia las desventajas de género susceptibles de ser atenuadas para la población femenina en pobreza: fuerte carga de desaprobación cultural que enfrentan las mujeres que en su esfuerzo por conciliar trabajo productivo y reproductivo “descuidan” el cuidado de miembros del hogar; menor educación y menos acceso a recursos productivos; mayor discriminación en los mercados de trabajo; responsabilidad de trabajo doméstico y cuidado de hijos sin posibilidad de compartir con otro adulto.

Es fundamental, por una parte, identificar las desventajas que tienen las mujeres en la transformación de estos recursos y, por otra, introducir un examen de género en la creación de beneficios. La incorporación del análisis de desigualdades de género en el estudio de la pobreza ha mostrado que cualquier tipo de intervención dirigida a las mujeres necesariamente trastoca la dinámica de las familias y las relaciones de poder dentro de las unidades domésticas. De ahí la importancia de introducir en las comunidades acciones de acompañamiento, legitimación y reconocimiento a las actividades desplegadas por las mujeres, promoviendo la flexibilización en la asignación de las tareas domésticas y de crianza de los hijos. Estas acciones, dirigidas a cuestionar una asignación naturalizada de tareas y roles, permiten que se advierta el amplio abanico de opciones para desempeñar los roles materno y paterno, los cuales no necesariamente están ligados al desempeño o no de ciertas tareas en el ámbito doméstico. Los desplazamientos de las fronteras de lo que se considera

²⁰ No hay bases suficientes para afirmar que los hogares con jefatura femenina tienen una mayor incidencia de pobreza que otros hogares con un solo padre, o los hogares con dos padres. Sin embargo, en el reciente estudio sobre familias beneficiarias del Programa de Desarrollo Humano Oportunidades, Rubalcava y Murillo (2006) encontraron que los hogares con jefatura económica (definida como principal receptor de ingreso monetario) femenina se alejan de los patrones tradicionales al mostrar, como agregados, por un lado, una ausencia notable de hombres en edades activas y, por otro, un predominio de fuerza de trabajo secundaria y un uso más intenso de la fuerza de trabajo disponible. Al utilizar el ingreso per cápita como criterio de pobreza no puede afirmarse que sean más pobres que sus contrapartes masculinas. Sin embargo, sí presentan peculiaridades que se traducen en desventajas susceptibles de ser compensadas o atenuadas por los programas dirigidos a combatir la pobreza, como el Programa de Desarrollo Humano Oportunidades, desarrollado en México.

ámbitos de acción “naturales” en la vida de mujeres y hombres posibilitan la construcción de una equidad de género y amenazan los acuerdos simbólicos y materiales que dan soporte a las relaciones de género predominantes, y avanzan definitivamente hacia una sociedad más equitativa.

No es válido calificar de “efectos inesperados” los casos de agudización de violencia de género ejercida sobre las mujeres que participan en algún programa o proyecto. Por el contrario, es necesario prever que los movimientos en las relaciones de poder, por mínimos que sean, generarán reacciones adversas hacia las mujeres, por lo que deberán instrumentarse mecanismos de apoyo, defensa y atención. Las acciones de acompañamiento y legitimación, así como las dirigidas a prever y atender los casos de violencia, proveerán de un marco contextual adecuado para que las mujeres desarrollen sin sanción social actividades extradomésticas en general, y en particular aquellas que no son tradicionalmente femeninas. En esta dirección conviene enfatizar los hallazgos de González Montes y Mojarro Íñiguez (véase sus artículos en este libro), que indican que aun cuando la cuestión de los factores que favorecen la denuncia es un asunto complejo, la existencia en la región mazahua-otomí de un programa que integre a las instituciones de gobierno, de procuración de justicia y de salud pública en un esfuerzo conjunto por detectar, atender y dar seguimiento a los casos de violencia intrafamiliar, parece ser un componente que favorece relativamente el alto nivel de denuncias.

En este mismo sentido conviene promover patrones institucionalizados de valores culturales que expresen igual respeto para mujeres y hombres, aseguren la igualdad de oportunidades para obtener estima social y eviten establecer la falta de autonomía e incapacidad de elegir como algunos de los atributos deseables de la condición femenina.

Debe tenerse en cuenta que las desigualdades de género no parten sólo de las características y de la agencia individual de las mujeres. Algunos de los artículos de este libro muestran cómo la agencia colectiva, aun donde prevalece una división sexual del trabajo muy rígida, ha permitido a las mujeres conseguir satisfactores a necesidades básicas. En su análisis sobre la participación de las mujeres en organizaciones populares de vivienda, Schteingart encuentra que para algunas de ellas la participación en estas organizaciones ha sido uno de los aspectos más importantes en su vida: “esos espacios de socialización reforzaron el sentido de colectividad y les permitieron formular alianzas que conformaron su identidad en la colonia”. Por ello es necesario instrumentar acciones que potencien la transformación y disminuyan el costo social que implica la renegociación de las normas de género; así también, que trastoquen las normas de género reproductoras de desigualdades al gratificar el que las mujeres y los hombres se apeguen a ellas y sancionar cuando se alejan. No se puede

esperar el cambio y empujar a las mujeres hacia éste sin una transformación de fondo que incida sobre patrones interiorizados de género, en jerarquías de género ya incorporadas a las dinámicas familiares y comunitarias. Habrá que examinar si este tipo de acciones también van transformando el consumo y el trato desigual por género en el interior de los hogares.

Por consiguiente, el aprendizaje obtenido de mirar las relaciones de género en contextos de pobreza también permite señalar algunas cuestiones respecto a las intervenciones dirigidas a la producción de ingresos de mujeres en pobreza. Entre ellas, es de la mayor importancia tener presente que la incorporación de las mujeres al mercado laboral o a proyectos productivos diseñados para la generación de ingresos no redundará, necesaria y automáticamente, en beneficio personal de las mujeres. La investigación empírica cada vez suma más evidencia acerca de que la incorporación de las mujeres pobres a actividades generadoras de ingresos no necesariamente se traduce en mejoras de su situación económica ni de su posición subordinada dentro y fuera del hogar. Sin embargo, la ruptura del mito del proveedor principal (debido en buena parte al deterioro de los ingresos de los hombres) así como el incremento en la generación de recursos propios de parte de las mujeres son transformaciones que hacen necesario el avance en el conocimiento de sus consecuencias sobre la situación de las unidades domésticas y de las mujeres en particular.²¹

En este sentido, la intervención y la agencia de las organizaciones locales que conozcan el contexto son muy valiosas para cuestionar las formas de injusticia que se dan por un hecho natural, así como para objetar las jerarquías que parecen estar demasiado enraizadas como para ser cuestionadas. Así también, será útil incorporar la creación de espacios para mujeres y hombres donde se propicie el cuestionamiento a la subordinación, el incremento de la autoestima y se destaque la contribución valiosa de hombres y mujeres a la prosperidad doméstica (aunque no exclusivamente en este ámbito). Al respecto, las intervenciones con programas sociales tienen el potencial de actuar como catalizadores que transformen actitudes, creencias y valores que se dan a nivel individual.

Es necesario dotar a los programas destinados a promover actividades generadoras de ingresos —ya sea mediante capacitación o apoyo a procesos productivos— de mecanismos que les permitan descargar trabajo doméstico sin sanción social, aliviando así la constante tensión que enfrentan las mujeres entre los tiempos de producción y reproducción.

Asimismo, resulta central considerar que el tipo y la forma de las relaciones y las redes sociales en que se insertan las mujeres para desempeñar su tra-

²¹ Véase Arriagada y Torres, 1998; Barquet, 1994; Barme, 1990; González de la Rocha, 1994, 2000a, 2000b, y Jelin, 1998.

bajo y allegarse el ingreso —y no éste solamente— son fundamentales cuando lo que se busca es que las mujeres se sitúen en sus interacciones sociales como participantes plenas, en igualdad de condiciones que los hombres.

Por todo ello, considero conveniente apoyar proyectos productivos, instrumentados por redes de mujeres, que se dirijan a ramas no tradicionalmente femeninas (alejados de las extensoras del trabajo doméstico), en los que se prevea todo el ciclo productivo (hasta la comercialización del producto) con un objetivo económico claro (no social ni asistencial). Proyectos aislados, individuales, en actividades marginales de traspatio o que apuntalen estrategias de sobrevivencia han mostrado ser poco efectivos para la generación de ingresos de mujeres en pobreza.

Reflexiones

La inclusión del análisis de desigualdades de género ha permitido avanzar en la comprensión de la pobreza en general y de la femenina en particular. Los artículos contenidos de este libro avanzan en el conocimiento de las preocupaciones temáticas que atraviesan el debate sobre género en contextos de pobreza. La amplia discusión y desarrollo conceptual que sintéticamente se ha expuesto en los apartados anteriores da cuenta de ello. Frente al conocimiento ya acumulado respecto a la pobreza femenina es posible también señalar algunas direcciones hacia dónde encaminar la investigación.

En primer lugar, considero que uno de los retos es realizar un esfuerzo conjunto y consistente para la construcción interdisciplinaria del concepto de pobreza femenina como objeto de estudio. La incursión desde diversas disciplinas en el tema de la pobreza introduciendo la dimensión de las desigualdades de género ha propiciado cierta confusión y ambigüedad en el uso de los términos. Coincido con el llamado que hace Rubalcava²² (2008: 5-7) en el sentido de la aplicación rigurosa de conceptos, métodos y técnicas de análisis que evite hacer referencia a conceptos diferentes con los mismos términos. En el comentario realizado al borrador del presente artículo, Rubalcava enuncia las siguientes disciplinas y contenidos disciplinarios a los que remite por lo menos la revisión trazada más arriba: *demografía*: estructura del hogar, tipos de hogar, ciclo doméstico, curso de vida; *economía*: trabajo, empleo, ocupación, informalidad, mercados laborales, ramas de la actividad económica, ingresos, pobreza y

²² El texto al que se hace referencia fue realizado por Rosa María Rubalcava como comentario al borrador del presente artículo para la sesión final del Seminario *Género, Pobreza y Desarrollo*, cuyo producto es este libro.

desigualdad son temas que caben en esta disciplina; *sociología*: socialización; *filosofía*: justicia distributiva y equidad; *etnografía*: cultura, etnias, comunidades, vida cotidiana, identidades; *lingüística*: representaciones sociales, percepciones, valores y diversas vetas de la subjetividad expresadas mediante el lenguaje; *psicología*: identidades —vinculado a cómo la atribución rutinaria de mujeres y hombres a tareas específicas acaba ligándose estrechamente a lo que significa ser un hombre o una mujer en contextos específicos (Rubalcava, 2008: 7).

En este artículo he intentado señalar, en el marco de los principales nudos del debate sobre el enlace entre género y pobreza, algunos de los hallazgos y aportes que realizan los textos contenidos en la presente obra.

Como puede advertirse, el giro conceptual de mayor envergadura que se ha requerido ha sido el de ver a las mujeres como sujetos relacionales; como integrantes de una familia, miembros de una localidad, pertenecientes a un grupo étnico, a una clase social. Ello ha permitido hacer la distinción analítica entre el individuo-mujer y los roles o papeles que socialmente se le adscriben: esposa, madre, ama de casa.

Es imprescindible detectar las especificidades de la pobreza femenina respecto de la masculina. En el conocimiento de ello han avanzado los presentes artículos. Ya no es posible transitar ingenuamente por el estudio y el diseño de acciones para combatir la pobreza sin hacer las distinciones correspondientes, incorporando solamente formas específicas de injusticia distributiva. La pobreza femenina no se limita sólo a la falta de acceso a los recursos, tiene además una cara cultural sobre la que hay que incidir de manera integral con la de distribución. Existen desventajas que las mujeres acumulan y que les impiden enfrentar la pobreza en igualdad de condiciones que los hombres.

Resulta de fundamental importancia seguir indagando sobre la especificidad de la pobreza femenina. Asimismo, es crucial que este avance conceptual, metodológico y de evidencia de campo impacte radicalmente en la discusión sobre la pobreza. Es necesario abrir el debate y repensar metodológicamente el estudio de la pobreza para dar cuenta de estas especificidades, en especial cuando existe suficiente evidencia sobre la ineficacia del conocimiento de procesos productores y reproductores de pobreza, así como del diseño y la evaluación de acciones para combatirla, debido a que no se introduce un enfoque de género de manera deliberada. En el mejor de los casos las acciones simplemente resultan poco efectivas para el objetivo para el que se pensaron (y en ese sentido son un desperdicio de recursos humanos y económicos) y, en el peor, actúan como reproductoras de desventajas para las mujeres perpetuando las desigualdades de género. Promover la equidad de género parte de reconocer qué causa la inequidad; combatir la pobreza también parte de reconocer qué la origina. Indicadores de las diferencias hombre/mujer ya están a la vista:

tipos de ocupación que realizan, remuneraciones que perciben, inserción laboral en actividades de menor prestigio social y bajo ingreso, baja participación en lugares de toma de decisiones. Es importante avanzar en la distinción de las expresiones de asimetrías de género de las de la pobreza.

Los artículos contenidos en este libro avanzan en esa dirección. Se requiere promover investigaciones que, como éstas, caminen hacia la generación de indicadores de desigualdades de género que estén limitando los resultados de las acciones que las mujeres realizan para enfrentar la pobreza: las condiciones, los arreglos, la estructura y la composición de los hogares que favorecen la autonomía de las mujeres y los movimientos en las jerarquías de género hacia la equidad; los ejes de subordinación en los que se manifiestan las desigualdades de género en distintos entornos y que están veladas en prácticas diversas, y las formas de generación de ingresos que propicien cambios en la posición de las mujeres.

LAS DIVERSAS FORMAS DE HACERSE ADULTO EN MÉXICO: DIFERENCIAS DE CLASE Y GÉNERO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Orlandina de Oliveira
Minor Mora Salas¹

Los estudios sobre las desigualdades sociales y la transición a la vida adulta han recibido cada vez mayor atención en el ámbito internacional. Por una parte, hay cierto consenso acerca de que la noción de desigualdad social engloba diversas formas de inequidad social (Fitoussi y Rosanvallon, 1996; Tilly, 1999; McCall, 2001); y por otra, se argumenta que las desigualdades sociales dejan su impronta en la transición a la adultez (Evans, 2002) y pueden dar lugar a modelos múltiples y contrastantes de transición (Casal, 1996; Machado, 2007).

En este trabajo nos proponemos estudiar las interacciones entre diferentes ejes de inequidad, como las derivadas del estrato social y del género, con el fin de mirar cómo la articulación entre estos elementos moldea diferentes trayectorias de transición a la adultez.² Sostenemos que un eje de desigualdad puede potenciar o minimizar la importancia de otro, como sería el caso de las desigualdades de género que llegan a asumir intensidades y formas distintas en diferentes sectores sociales (García y De Oliveira, 1994; Ariza y De Oliveira, 2000, y De Oliveira, 2007).

Con base en la información que proporciona la Encuesta Nacional de la Juventud (ENJ) 2000, para los jóvenes entre 15 y 29 años de edad, analizamos un conjunto amplio de eventos/transición. Además de los cinco eventos priorizados por la sociodemografía en el estudio de la transición a la vida adulta (la salida de la escuela, la entrada al mundo del trabajo, la salida de la casa de

¹ El Colegio de México.

² El estudio de la transición a la vida adulta cuenta con una larga tradición en los países desarrollados. En Estados Unidos los primeros análisis desde esta óptica surgen hace varias décadas (Hogan, 1978, 1980; Elder, 1985, y Hogan y Astone, 1986). En años recientes esta línea de estudio ha recibido una atención creciente tanto en nivel internacional (Arnett Jensen, 1997 y 2000; Blosseld *et al.*, 2005; Evans *et al.*, 2001, y Casal, 2001) como en México (Tuirán, 1999; Polo Arnejo, 1999; Castro, 2003; Giorguli, 2004; Mier y Terán, 2004; Coubès y Zenteno, 2005; Pérez Amador, 2006; Gandini y Castro 2006; Pérez Amador, 2007, y Saraví, 2007).